

—¿No cree usted, señor Caso, que el bolchevismo sea un grave peligro para México?

—Respecto del bolchevismo, creo que es un error, como todo lo que va contra la esencia del cristianismo. Yo soy cristiano, y creo que los movimientos socialistas buscan la solución de un problema viejo que ya hemos resuelto los cristianos desde hace siglos. Decimos: Hay dos pecados: codicia y avaricia. Los dos son pecados. Como los ricos no cumplen, los pobres tampoco. Recibí una oleada de luz cuando ví el título de un libro de Ziegler, el cual título dice así: «La cuestión social es una cuestión moral». Y mientras se busque la solución de los problemas sociales en razones económicas y no morales, los problemas permanecerán en pie.

—¿Y usted no simpatiza con algunas ideas socialistas, las que acariciaba, «verbi gracia», Tolstoi?

Y don Antonio Caso, sin asentir, respondió:

—Para mí, Tolstoi, es un pensador tan grande, que lo considero el último de los grandes representantes del cristianismo a través de la historia. Es, en mi sentir, el gran anarquista cristiano.

—Me agradaría conocer su opinión acerca de la inmortalidad del alma. ¿Cree usted en ella?

—Le diré: en la inmortalidad del alma creo en esta forma: realmente no estoy seguro de ser inmortal; mi principal argumento para creer en la inmortalidad es la conciencia. Me siento una cosa indestructible porque pienso que dentro de un instante tendré pensamientos distintos de los que ahora tengo; sentimientos diversos de los que me animan en este instante; voliciones diversas de las que abrigo; pero estoy seguro que YO seguiré al través de los cambios de mis estados de conciencia, subsistiendo. Ahora bien, ¿es posible que subsista yo siempre, constantemente? No sé... Sí me inclino a pensar que el alma no se acaba con el fallecimiento de la persona, que subsistirá al desastre corpóreo.

—¿Y le preocupa a usted la muerte?

—Sí, pero tengo una defensa, y es que cuando ésta llega la vida se acabó.

—¿Y está usted satisfecho de su suerte? ¿No se cambiaría usted por nadie?

—¡Cómo no! Me cambiaría por un hombre de conciencia pura, que nada se reprochase a sí mismo.

—¿Y cuál es su mayor aspiración?

—La vida, como la entendieron Horacio y Fray Luis.

—¿Y qué proyectos tiene usted para el porvenir?

—Poder disponer del tiempo como cosa mía; que no me viva la vida, sino vivirla yo.

—Para terminar, ¿quiere usted decirme, licenciado, cuál es su sentimiento más firme?

—Seguramente mi creencia y mi fe en que lo que no se resuelve por una razón cristiana, no se resuelve. Soy cristiano y devoto del Evangelio. No

me refiero a ninguna iglesia, ni a ninguna comunión.

Y con gran unción, D. Antonio Caso pronunció estas hermosas palabras:

—Para mí, Jesús es el modo de resolver todos los problemas.

(*Excelsior*, México).

La tala de los bosques

POR ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

MARGARITA.—¿Adónde vas, Agripina, con esa hacha?

AGRIPINA.—Al potrero de mi padre. Allí, rodeando una fuente, hay un bosquecillo de árboles y arbustos y quiero ejercitarme en derribar algunos. El hacha es pequeña, pero a fuerza de repetidos golpes lograré ver caer hasta los más corpulentos. ¡Qué placer será para mí! ¡Cómo me demostrará ese inocente ejercicio el poder de la inteligencia sobre las fuerzas ciegas de la Naturaleza! El descubrimiento del hacha de hierro marcó una etapa extraordinaria en la marcha del hombre hacia la civilización. Mientras que los hombres no conocieron más que instrumentos de piedra, fueron salvajes, muy poco diferentes de los brutos. ¡Bendita sea el hacha! Los ejercicios que practicamos en las escuelas, esos movimientos coordinados de nuestros juegos podrán darnos suavidad, armonía y belleza... pero esto es demasiado pueril. En la época de virilidad y de lucha en que vivimos, necesitamos de otros ejercicios: la lucha, el foot-ball, el hacha, que desarrollen nuestra impulsividad y nos hagan más aptos para la lucha por la existencia. ¡Qué lindo sport el de derribar árboles con el hacha! Sólo puede compararse con derribar hombres con la metralla. Con razón leemos que uno de los grandes presidentes de los Estados Unidos, lo practicaba todos los días con ahinco.

MARGARITA (*con tristeza*).—¿Has dicho derribar árboles? y derribarlos a la orilla de una fuente? y a eso llamáis inocente ejercicio? ¿Y de ese modo pretendes prepararte para eso que llamas lucha por la existencia? ¡Qué extrañas ideas tienes, amiga mía!

AGRIPINA.—Ciertamente, querida. Creo que haya pocos ejercicios tan útiles, tan fortificantes y tan inocentes como éste. Los árboles fueron hechos por Dios para nosotros, lo mismo que todas las demás plantas y los animales. Por eso podemos destruirlos y matarlos. Podemos disponer de ellos como reyes que somos de la creación. Los árboles no sienten. Podemos sa-

crificarlos con la misma indiferencia con que sacrificamos los animales.

MARGARITA.—Que cúmulo de monstruosos prejuicios. El hombre no es rey de la creación. La naturaleza forma una escala de seres, colocados en jerarquías, que se extienden, desde lo infinitamente pequeño, desconocido para nosotros y que avanza hasta perderse en el infinito. Por debajo de nosotros hay un mundo de seres que se pierden en el mundo ultra-microscópico y más allá probablemente hasta lo inconcebible; encima de nosotros hay una jerarquía de seres cada vez más altos, más sabios, más poderosos y resplandecientes. No, el hombre no es rey de la creación, él, como los animales, como las plantas, como tantas maravillosas orquídeas que florecen y vierten su fragancia, perdidas en las selvas vírgenes, sin ser vistas por ojo humano alguno; como esos maravillosos seres que en el fondo oscuro de los mares despiden sin cesar haces de luces de colores variadísimos y fantásticos, que ojo humano alguno no percibirá jamás; como las estrellas lejanas con su séquito de plantas y de humanidades, hundidas en el abismo insondable del espacio, a donde jamás alcanzarán nuestros impotentes telescopios, todas las cosas, todos los seres, todas las jerarquías, lo grande y lo pequeño son simples notas que concurren a formar la gran armonía, el gran concierto de la obra de Dios.

AGRIPINA.—Según esto, tú pretendes que no tenemos derecho sobre las plantas y los animales?

MARGARITA.—Ciertamente que no. Mas sí podemos usarlos ordenadamente para nuestro adelanto y el de ellos.

AGRIPINA.—Pretendes que hay que dejar que los árboles se multipliquen indefinidamente? Qué locura! Debemos derribarlos, para utilizar su leña, su madera, sus gomas y resinas, sus esencias, sus materias colorantes, sus fibras para hacer la pasta del papel de que están formados los libros, para construir casas, para traviesas de ferrocarril, para mangos de herramientas, para hélices de aeroplanos. Sin duda